



MEGAN MAXWELL

Las guerreras Maxwell, 4

UNA FLOR PARA
OTRA FLOR

Una flor para otra flor

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Dm_Cherry-Shutterstock
© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: febrero de 2017
ISBN: 978-84-08-16554-5
Depósito legal: B. 585-2017
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Carlisle, Inglaterra, 1328

—Con todos mis respetos, señor...

—Padre, por favor.

—... Señor, vuestra nieta no debería haberse marchado a Kildrummy con esos bárbaros —insistió Wilson mirando al anciano—. Su sitio está aquí, no con esos highlanders que...

—Esos highlanders son parte de su familia, padre. Sandra se crio en Traquair con los Murray, y Josh y su hijo siguen velando por ella —increpó Clarisa, la madre de la muchacha. Acto seguido, mirando al hombre que la observaba furioso a su lado, añadió—: Y en Kildrummy tiene lo más parecido a una hermana. Angela y ella se criaron juntas, y por nada del mundo deseo que dejen de verse.

Negándose a entender lo que aquélla decía, Wilson volvió a mirar al anciano, que los escuchaba. Sabía muy bien cómo manejarlo, por lo que insistió:

—Si los padres del joven Crown se enteran de que vuestra nieta se ha marchado a las Highlands con esos malditos escoceses, romperán el compromiso. Pensadlo. Si envío a alguno de mis hombres ahora mismo, la interceptarán antes de llegar a Edimburgo con esos bárbaros que la acompañan y la traerán de vuelta.

—Ni se te ocurra, Wilson —siseó Clarisa.

Él la miró y, clavando los ojos en ella, murmuró:

—Tu osadía al hablar te...

—Mi osadía —lo cortó ella— es el resultado de tu desfachatez.

—¡Compórtate, Clarisa! —regañó lord Augusto a su hija.

Wilson Fleming, hijo de una hermana del anciano y su hombre de confianza, la observó. Aquella deslenguada lo sacaba de sus casillas.

Habían pasado muchos años desde que Clarisa lo había plantado para marcharse con un maldito highlander, y él todavía no se lo había perdonado.

Recordar la frustración que había sentido al saber que la mujer que amaba no lo amaba a él y lo había dejado por otro lo hundía cada vez que la miraba, pero, sin querer dejar al descubierto toda su rabia, indicó:

—Señor, ¿puedo hablar?

Augusto Coleman, que estaba a su lado, miró a su hija y le recriminó:

—Clarisa, retén tu lengua o te irás de la sala. Y una vez más me permito recordarte que tú no tienes ni voz ni voto aquí.

La aludida maldijo en silencio cuando Wilson, al ver que ella callaba, asintió y prosiguió:

—Intentaba decir que, en un momento tan delicado como el que estamos viviendo, lo que menos importa es lo que Sandra desee. Lord y lady Crown quieren que la boda se celebre cuanto antes, y no debemos obviar que el enlace del joven Ruark con Sandra nos beneficiaría en todos los sentidos.

Acalorada por tener que escuchar aquello, Clarisa se revolvió. Los años vividos en las Highlands con su marido, ya fallecido, le habían enseñado que la felicidad en el hogar lo era todo, y no estaba dispuesta a que su hija no tuviera una boda por amor; así que se encaró a aquel que en otro tiempo había sido su prometido, y empezó a protestar:

—Wilson, no consiento que...

—¡Cállate! —siseó él.

Ofuscada, Clarisa se disponía a replicar cuando su padre, levantándose y acercándose a ella, indicó:

—Está claro que tu madre te consintió demasiado, pero eso no ocurrirá con la maleducada de tu hija. Se casará con el hijo de los Crown, y ahora cállate. Tus modales de bárbara son deplorables.

La aludida miró al anciano con gesto de desagrado.

¿Cómo podía hablarle así delante de aquél?

Desde la muerte de su madre, su relación era pésima, y la pre-

sencia de Wilson la empeoraba. Pero nunca consentiría que utilizaran a Sandra como moneda de cambio. Nunca.

Imaginarse a su hija siendo infeliz el resto de su vida le carcomía el corazón, pero se lo destrozaba aún más saber que debido a su osadía, al haberla criado su marido y ella como a una guerrera, haría cualquier cosa para que ni su abuelo ni Wilson cumplieran su objetivo.

No era la primera vez que intentaban desposarla, pero Sandra se las había arreglado para evitar aquellos matrimonios enseñándoles a sus futuros maridos lo irreverente que podía llegar a ser y lo escocesa que se sentía.

Por suerte, los anteriores pretendientes se habían quitado de en medio sin dar guerra, pero Clarisa sabía que el hijo de los Crown era medio tonto, y sus padres sólo deseaban casarlo con quien fuera para que les diera descendencia. El resto no les importaba.

Mientras pensaba en Sandra, e ignorando la dura mirada de Wilson, que estaba a su lado, indicó:

—Quiero que mi hija se case por amor, y ella...

—¡Fuera de aquí! —voceó su padre—. Tu descaro y tu arrogancia me han conducido a esta absurda situación. Con tus disgustos te llevaste a tu madre a la tumba, y ahora pretendes llevarme a mí también.

—¡Padre!

Pero Augusto Coleman ya no la escuchaba, estaba furioso.

—Deberías haberte casado con Wilson. Este hombre era tu prometido. Tu madre y yo lo escogimos para ti. Y tú, con tu huida y tu fatídica elección, lo avergonzaste a él, a tu madre y a mí. Y eso, maldita sea, nunca te lo voy a perdonar.

—Padre, Gilfred era una buena persona. Me enamoré y...

—¡Cierra esa boca! —siseó furioso Wilson al oírla.

Nunca una mujer lo había hecho sentirse tan idiota.

El abandono de aquélla la noche antes de la boda era lo peor que le había pasado nunca. Él la amaba, soñaba con ella noche y día, y jamás aceptaría que lo hubiera traicionado con un maldito escocés.

Entendiendo la mirada enajenada de aquél, lord Coleman se acercó a su hija y señaló:

—En su momento no te casaste con quien correspondía, pero tu hija lo hará. Y lo hará porque esta vez Wilson y yo nos encargaremos personalmente de que así sea.

—No, padre. Ella...

Un fuerte bofetón le giró la cara.

Con el beneplácito del padre de la mujer, Wilson se acababa de desfogar.

A continuación, sin inmutarse, el anciano añadió:

—Sandra se casará con el hijo de los Crown, y si éstos se echan atrás por el talante irreverente de tu hija, será Wilson quien se case con ella.

Horrorizada, Clarisa los miró a ambos y, buscando algún sentimiento en su padre, gritó:

—Pero ¡es tu nieta! ¿No quieres que sea feliz?

Lord Coleman la miró fijamente y siseó mordiéndose la lengua:

—El mismo apego que tú me has tenido a mí es el que yo le tengo a esa bárbara.

A Clarisa se le revolvió el estómago al oír esas duras palabras y, con la mejilla enrojecida, mientras miraba a los dos hombres y se juraba que no permitiría aquello, oyó a su padre decir:

—Éste será su último viaje a las Highlands. ¿Cuándo regresa?

En un primer momento Clarisa no contestó, pero cuando su padre la empujó, dijo:

—No lo sé. Quizá dentro de dos semanas.

Wilson asintió, y el anciano indicó:

—Esperaremos a que vuelva y a que los malditos Murray la dejen frente a la fortaleza. Una vez que llegue, será desposada.

Clarisa negó con la cabeza. Impediría aquella locura antes de que su hija fuera una desgraciada como pretendía su padre, y, dando media vuelta, murmuró:

—Me retiro a mi habitación.

Ninguno dijo nada. Sólo la observaron salir.

Agobiada, corrió hacia la escalera y allí se encontró con Gina y

con Kerry. Gina, una anciana que adoraba a la mujer tanto como a la hija de ésta, le sonrió y preguntó:

—¿Qué os pasa, mi niña?

Sin querer mostrarle la angustia que sentía a la mujer, Clarisa sonrió a su vez.

—Nada —contestó—. Sólo que añoro a Sandra.

—Tranquilizaos, milady —dijo Kerry—. Sabemos que Sandra está en buenas manos y regresará feliz como siempre.

Ella asintió y, tras dirigirles una sonrisa, subió la escalera y fue a su aposento.

En el despacho, cuando Clarisa se hubo marchado, lord Coleman indicó respirando con dificultad:

—¿Sigue en pie que, si los Crown se echan atrás, tú te casarás con mi nieta?

—Sí —afirmó Wilson—. Si se da el caso, me ocuparé personalmente de que al fin sea una perfecta inglesa.

El viejo asintió y, sin un ápice de piedad, sentenció:

—Vigila a Clarisa. Conociéndola, tratará de impedir la boda.

El aludido afirmó con la cabeza y, sin dudar, salió de la estancia.

En su habitación, Clarisa miró angustiada a su alrededor. Tenía que advertir a su hija de lo que ocurría, por lo que, tras coger un papel, tinta y pluma, escribió:

Sandra:

Soy mamá. Te ruego, te suplico, que, tras leer esta carta, no regreses a Carlisle y te mantengas todo lo lejos que puedas de este lugar, porque aquí nunca serás feliz.

Cariño, en cuanto me sea posible viajaré para reunirme contigo. Sé que no me será difícil encontrarte, porque, conociéndote, estarás cerca de Angela o de ese joven llamado Zac Phillips, que algo me dice que es el dueño de tu corazón.

Sé fuerte ante las adversidades y sé clara con las personas que te quieren. Tu padre y yo criamos una guerrera y, como él decía, el que no lucha por lo que quiere no se merece lo que desea.

En el amor, sé tú misma. No cambies. Quien te ame te corregirá, pero nunca te cambiará. Y, si ese Zac es el hombre de tu vida, jamás dejéis de hacer de vuestros pequeños instantes grandes momentos que en el futuro os puedan ayudar a recordar por qué estáis juntos.

Mi amor, utiliza el corazón y la cabeza y, sobre todo, sé feliz y nunca olvides que tu padre y yo te queremos y siempre estaremos muy orgullosos de ti.

MAMÁ

Tan pronto como terminó de escribir, dobló la carta y se la guardó en la manga del vestido. Ahora debía encontrar a alguien que se la llevara a su hija.

Con cuidado, abrió la puerta de su habitación y se tropezó con Alicia, su criada. Clarisa se aproximó a ella y preguntó:

—¿Sabes dónde están Kendall, Rudy o Charles?

La mujer asintió y, al ver el gesto pálido de aquélla, dijo:

—¿Qué os pasa, milady?

Clarisa, angustiada, se le acercó y, tras quitarse un anillo de plata con una piedra negra que le había regalado su marido el día de su boda, indicó:

—Guárdalo y, si algo me pasa, entrégaselo a Sandra si aparece por aquí.

—Milady, me estáis asustando...

Clarisa lo sabía, sabía lo que estaban ocasionando sus palabras, pero prosiguió:

—En cuanto se lo des, dile que huya. Que huya lo más lejos que pueda, porque aquí no está segura.

—Pero... pero, milady...

A continuación, Clarisa dejó sobre la mano de aquélla su preciado anillo y añadió:

—Vete. Nadie debe saber que hemos hablado.

Alicia, tan asustada como su señora, se guardó el anillo en el pecho y se alejó a toda prisa.

Una vez de nuevo a solas, Clarisa corrió escaleras abajo para salir al exterior. Sin mirar atrás, y oculta por la oscuridad de la noche, caminó hacia las caballerizas y, al entrar, sonrió al ver allí a Kendall y a Carter, que se ocupaban de los caballos.

Sin tiempo que perder, les pidió que le llevaran aquella nota a su hija al castillo de Kildrummy, y Kendall aceptó sin dudarle. Carter, en cambio, se mostró más reticente. No quería adentrarse en un territorio tan hostil.

Esa noche, Kendall se marchó, pero su viaje duró poco. Fue interceptado por dos hombres antes de llegar a Dumfries, quienes, tras matarlo sin piedad y enterrarlo, le robaron la nota y, a su regreso, se la entregaron a Wilson, que, al leerla, enfureció y se la guardó.

Dos días después, enajenado por la furia que sentía cada vez que leía que aquel escocés había sido el amor de su vida, cuando Clarisa paseaba con su caballo por un risco muy peligroso, se acercó a ella y, tras una fuerte discusión, la empujó y ella cayó contra las piedras.

Wilson contempló la escena sin un ápice de piedad. Sin duda, la caída del caballo le había hecho más mal que bien a la mujer y, mientras un hilillo de sangre manaba de la boca de ésta, murmuró:

—El amor de tu vida debería haber sido yo, y no ese maldito escocés. Y ahora, te guste o no, seré yo quien se ocupe de la irreverente de tu hija; le bajaré esos humos que tiene porque me casaré con ella.

—No..., no... —replicó Clarisa en un hilo de voz al tiempo que sentía que las fuerzas la abandonaban.

Diez días después, inevitablemente, murió ante los ojos de un hombre que debería haberla criado como un padre y que no derramó una sola lágrima por ella.

La mujer, que, con los ojos cerrados, parecía dormir, había sido la persona que más lo había decepcionado en el mundo. Entonces, mirando a Wilson con gesto severo, el anciano indicó:

—Deberás partir con ella en un carruaje. Todos han de creer que mejoró y se marchó a Francia para reponerse. Una vez que os

alejéis, entiérrala donde quieras y regresa dentro de unos días. Si alguien pregunta, diremos que está en Francia, en el hogar de los Hamilton.

—De acuerdo —asintió Wilson aplastando unas flores secas de color naranja que Clarisa tenía en su habitación.

Sin un ápice de pena, mientras se dirigía hacia la puerta para salir, el viejo añadió:

—La bárbara de su hija regresará y entonces nosotros nos ocuparemos de ella.

—No veo el momento —afirmó Wilson.

Alicia, que estaba oculta en las sombras, lo oyó todo y lloró por la pobre Clarisa. La maldad de aquellos sinvergüenzas para con la fallecida y su hija no parecía tener fin.